

NOTICIAS Y MATERIALES

VIAJEROS, VIAJES Y EXPERIENCIA VIAJERA

Entre los días 17 y 21 de marzo se llevó a cabo un seminario que, bajo el título de "Naturaleza, paisaje y experiencia viajera" dirigieron Josefina Gómez Mendoza y Nicolás Ortega Cantero en Santa Cruz de Tenerife, patrocinado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Y resultó ser un seminario viajero, ya que inicialmente estaba programado para los cursos de verano de 1985, en el palacio de la Magdalena de Santander. Además, eso no fue todo, pues durante aquellos días tinerfeños se pudo contar con un testigo excepcional, uno de los grandes viajeros de nuestro sistema solar que, al amanecer, surcaba el cielo por Oriente: el cometa Halley.

El seminario, como constaba en el programa del mismo, pretendió considerar "algunos de los modos de entendimiento moderno de la naturaleza y del paisaje, así como sus relaciones directas con sus respectivas experiencias viajeras... y el papel que se atribuye al hecho viajero como medio de conocimiento directo de esas realidades". Y se llevó a cabo mediante una serie de conferencias, una matinal y otra vespertina, con un posterior coloquio en cada una de ellas, y cuyos oradores eran mayoritariamente geógrafos.

Un sólo día de todos ellos, el miércoles día 19, se llevó a cabo una excursión a la isla de La Gomera, bajo la dirección de Francisco Quirantes González y María Eugenia Arozena Concepción, también geógrafos, que nos mostraron generosamente sus diferentes paisajes.

El primer conferenciante, Antonio Morales Moja, disertó sobre los viajeros ilustrados. En su opinión, eran una minoría adscrita al único grupo social que poseía un nivel cultural suficientemente fuerte y arraigado: la pequeña nobleza. Sus fines, bastante altruistas, eran difundir entre los hombres los conocimientos y útiles necesarios para "poder superar la ignorancia, el fanatismo y la miseria, mediante la instrucción del pueblo y la acción del Estado".

Su filosofía se basaba en la observación de los fenómenos, a través de los cuales se pretende o, mejor aún, se debe llegar a los principios generales, "las luces". Para ellos, todo era digno de observación: campos, despoblados, bosques, ríos, montañas, pueblos, alquerías, ciudades... Nada escapaba a su curiosidad, constantemente en acción, siempre despierta.

La influencia que sobre ellos ejerció Rousseau se percibe en la descripción de los paisajes que más les interesaban, por su grandiosidad, por su sublimi-

dad (palabra, por cierto, de gran arraigo entre sus sucesores, los viajeros románticos), aunque también apreciaban lo delicado, lo menudo. Sus relatos alcanzaron una gran calidad literaria.

Pretendían captar la realidad del país, en todos sus aspectos, tanto positivos como negativos, para poder instruirse e instruir a los demás, bien a través de organismos públicos, o bien por sus propios medios, y así poder alcanzar un mayor grado de bienestar. Si hubiera que definirlos con una sola palabra, ésta sería patriotas. Ahora bien, patriotas con capacidad de decisión, con poder, o relacionados con los ámbitos de poder y decisión.

Sus viajes perseguían conocer sobre el terreno la situación económica; o una perspectiva global sobre el estado del país, para conseguir con ello un mejor funcionamiento de la Administración Pública; o conocer formas de vida, usos, costumbres y hábitos sociales; en otros casos para recuento y catalogación del patrimonio monumental y artístico (y de los que, paradójicamente, se sirvieron las tropas invasoras francesas para el saqueo y el expolio selectivo); y, por supuesto, no podían faltar viajes para observaciones naturalistas y científicas. Una gran parte de los mismos eran sufragados por el Estado, aunque no faltan excepciones, como el caso particular de Antonio Ponz.

Un abultado capítulo de sus crónicas viajeras era dedicado a describir todo lo relacionado con el viaje propiamente dicho: el estado de los caminos, cuando estos existían; la duración de las jornadas de desplazamiento que, en bastantes ocasiones, tenían que realizarse de noche; los medios empleados, bien fuera a pie, en mulo, a caballo, o en diligencia (lo menos frecuente); la inseguridad de los caminos; el mundo de los mesones y hospederías, con los personajes que a ellos aflujaban; las enfermedades y males que surgían durante el recorrido.

Para soportar este diluvio de incomodidades hacía falta un talante especial; una alegría de vivir, sin desaliento, necesaria para cada día, para cada momento. Buen humor. Una particular forma de ser que permitiera una eficaz comunicación con cuantas personas surgieran a lo largo del camino, en cualquier parte y circunstancia. Un talante, pues, observador y curioso, inquisitivo y extrovertido.

La sensibilidad romántica impregna una gran parte del siglo XIX en toda Europa. Surgida, entre otras causas, como consecuencia de las guerras napoleónicas y de las revoluciones burguesas que tienen lugar en los principales países europeos, juzgará el mundo que le rodea no con la razón, sino con

la pasión, con la subjetividad, con todos aquellos sentimientos que hagan vibrar el alma. Lo diferente, lo marginal, lo exótico estará situado en su punto de mira.

Los viajeros románticos encauzan, pues, sus inquietudes, en distintas direcciones, de entre las que destacan, por una parte, el mundo de lo vertical (la montaña), por el que se sienten particularmente atraídos, ante su grandiosidad, el miedo que impone, y la ignorancia en que permanece; y por otra parte, hacia aquellas culturas alejadas del mundo burgués, contra el que se rebelan, por lo que tienen de exótico, decadente y remoto.

España, alejada de los circuitos de los viajeros ilustrados europeos a lo largo del siglo XVIII se convierte, de repente, en un poderoso centro de atracción, y de forma especial a partir de las noticias que de ella llegan a través de los extranjeros que, en su solar, combaten durante la Guerra de la Independencia, así como del expolio de sus tesoros que, llevados por los franceses, invaden Europa.

País decadente, mal ensamblado por regiones que se dan la espalda, que se ignoran entre sí, en donde impera el fanatismo, el mal gobierno, la actitud inquisitorial en lo religioso, la insolidaridad, el individualismo, con el campo abandonado e inculto, cuando no despoblado. Sus ciudades caóticas, superpobladas, promiscuas, sucias. Acosado por sus acreedores, con sus arcas vacías... A todo ello le habían llevado largos siglos de dominación cristiana, después de haber alcanzado su cénit en la época musulmana, o incluso antes, en la época romana. Tal era la visión que había de España, lo que a muchos les llevaría a decir que Europa acababa en los Pirineos. Y, ¡cómo no!, el principal motivo de atracción para los viajeros románticos.

Sin embargo, la mayor parte de ellos recorren el territorio español, como impulsados por un cohete, con un único objetivo: Andalucía. ¿El por qué?: porque si bien Europa acababa en los Pirineos, África comenzaba al atravesar Despeñaperros y, por supuesto, África era más pintoresca, más exótica, más mora.

Antonio López Ontiveros, andaluz por los cuatro costados, era quien mejor podía realizar una exposición de esta su tierra, tal como la veían los viajeros y aventureros románticos, y he aquí sus conclusiones: Andalucía, a los ojos de aquéllos, aparecía como una región ensamblada y más homogénea que las restantes regiones españolas. Su sensibilidad educada hacia lo vertical hace que no vean más que montañas por todas partes, desde Sierra Morena a Sierra Nevada, desde las arriscadas peñas de Jaén y Granada, a la Serranía de Ronda (la campiña de Córdoba y el valle del Guadalquivir, para ellos, es como si no existieran). Las rocas desnudas, de atormentada geología, apenas salpicadas aquí y allá por alguna que otra exótica especie vegetal, como las chumberas, pitas y adelfas. Y el clima: el aire seco, el sol abrasador, los ríos sin agua, la luz, los colores, la atmósfera diáfana, las tolvaneras y remolinos de aire... aquí estaba el fundamento, la raíz de la pereza andaluza y de la pobreza gozosa de sus habitantes.

Pero su máximo interés se centra en las grandes ciudades andaluzas, aunque no falta algún que otro comentario sobre los pueblos arriscados, nido de bandoleros, en donde la población vive hacinada, y en cuyo tipismo encontrarán la esencia de lo que buscan, lo árabe, lo africano.

Sevilla, Granada y Córdoba son puntos de referencia obligatorios. La ciudad la conciben como un

inmenso teatro cuyo decorado, los grandes monumentos de época árabe, exaltaba su espíritu, al remontarse a un pasado remoto, ensogado, fantasmagórico; en definitiva, literario, que permitía exhibirse en narraciones y ensueños. También se aproximan a los paseos, alamedas y salones del siglo XVIII, magníficos lugares de observación de los hábitos cotidianos, y de escenas y personajes pintorescos.

Los hechos económicos o sociales no les interesan como realidad objetiva, sino como constatación de la diferencia; describen, pues, el mundo de los gitanos, posaderos, criados, venteros, toreros, majos contrabandistas, bandoleros, las cigarreras de Sevilla (arquetipo romántico por excelencia, que muchos de ellos confundirían con la majas); pero también los ejércitos de limosneros que, por doquier, acometen al viajero.

Según las palabras de López Ontiveros, los andaluces para los románticos son "ventajistas, arrogantes, fanfarrones, perezosos, rutinarios, resignados, que no piensan nada más que en gozar de la vida, imaginativos, orgullosos, desconfiados, susceptibles, celosos, avaros, crueles, mentirosos, cobardes". Y, como sabemos, esta imagen de los andaluces ha sido capaz de llegar, poco deformada, hasta el momento presente.

Madrid, pequeña villa situada entre la Sierra del Guadarrama y las vegas del Tajo, será punto de afluencia de viajeros desde que en ella se instala la corte de los Austrias. Dolores Brandis, nacida, afincada y geógrafa especializada en Madrid era la persona adecuada para exponer, desde dentro, la visión que de esta joven capital ofrecen los viajeros europeos.

Los que a Madrid se aproximan a lo largo del siglo XVI apenas encuentran motivo de interés, ya que el objeto de su visita está en relación con la política, por lo que sus noticias apenas rebasan el ámbito palaciego de la Corte. Algo similar se podría decir de los viajeros del siglo XVII, cuyas crónicas tienen un horizonte muy limitado aunque, también es cierto, son de una gran veracidad, y lo que narran son fundamentalmente vivencias personales, los acontecimientos que, en su permanencia en la ciudad, les salen al paso: la presencia del aluvión humano que se incrementa de día en día, procedente de vecinos territorios, aún más deprimidos que el entorno de la nueva capital, y que la convierten en un hormiguero humano en donde se hace muy difícil la subsistencia. La insalubridad es un mal general en toda la ciudad, y la mayor parte de los extranjeros conocen bien el grito de "¡agua va!", aguzando vista y oídos al menor síntoma de movimiento en balcones y ventanas.

A lo largo del siglo de las luces Madrid está fuera de los itinerarios viajeros de los ilustrados europeos, por lo que solamente unos pocos, cultos, osados, inquietos, con propósitos científicos, se aproximan a la capital de España. Su afán informativo será la clave para interpretar su estilo literario, del que desaparece la primera persona, el viajero, y por tanto, también, las cartas y los diarios. La ciudad no le sale al paso, sino que va a buscarla, con intereses concretos: los jardines y el palacio del Retiro, la calle y puerta de Alcalá, el paseo del Prado, la Puerta del Sol, la Plaza Mayor... y pocos rincones más, siempre a la búsqueda de los principales monumentos tanto civiles como religiosos.

La salubridad, como en el siglo anterior, sigue siendo objeto de atención importante. Pero no así los

madrileños, hacia los que apenas hay referencias, sobre aspectos marginales: los oficios que ejercen al aire libre, que se pueden observar sobre la marcha; sus formas de vestir; sus fiestas populares, especialmente los toros... y poco más.

Los viajeros románticos llegan muy bien informados, con datos precisos, sobre la localización de los principales monumentos y tesoros artísticos, como sucedía en otras partes de España. Pero, sin embargo, no será eso lo que más les interesa; ni tampoco, como a sus antecesores los ilustrados, el Madrid monumental, del que apenas se salvaría el Paseo del Prado. No. Una vez más, vienen buscando lo diferente, lo exótico, lo inédito. Lo encuentran en la calle, en los ambientes festivos; y Madrid, como las ciudades andaluzas, será un mero decorado. La Pradera de San Isidro, la plaza de toros, la Puerta del Sol, la calle Alcalá, el Paseo del Prado... serán los lugares en donde encuentren lo típicamente madrileño, como son los manolos y las manolas. No se percatan, o tal vez no se quieran percatar, de las realidades más inmediatas y sangrantes de la vida cotidiana: el hacinamiento en que viven los madrileños, la inhabilitación de sus casas, la elevada mortalidad. Su interés por las clases bajas, al igual que en Andalucía, se reducirá a las escenas construmbristas.

Así, Richard Ford, aconsejaba: "los que se sacudan cuanto antes el polvo de sus sandalias y permanezcan el menor tiempo posible en Madrid, serán, probablemente, los que con mayor satisfacción lo recuerden".

La importancia que la experiencia viajera tiene para la Institución Libre de Enseñanza será el tema abordado por Nicolás Ortega Cantero con una exposición clara y lúcida. Surgida en 1876, tras el Sexenio Revolucionario, la Institución será punto de convergencia de tres importantes líneas de pensamiento: el krausismo, heredero de ciertas formas de saber hermético que le llegan a través del movimiento romántico, busca las raíces del ser humano, y la forma de hallarlas es en la proximidad, en el contacto con la Naturaleza. De esta forma, participa de una visión del paisaje de correspondencias universales, analógicas, pues el paisaje es un conjunto de signos que se corresponden con el sentimiento y la actitud de quien lo mira. Todo el universo es una analogía, en la que se encuentra inmerso el observador, no como persona, no como yo, sino como elemento subjetivo.

El regeneracionismo, cuya herencia más inmediata hay que buscarla en los ilustrados del siglo XVIII, aquellos patriotas que buscaban la verdadera realidad del país, fuera la que fuese, para poderse instruir e instruir a los demás, y así buscar un mayor grado de bienestar para todo, también será asumido por los institucionistas.

El positivismo, corriente filosófica que, ante todo, busca el rigor científico, es incorporada en el seno del movimiento krausista más puro ante su fracaso a lo largo de la década de los 70, y que dará lugar a una corriente de pensamiento que, dentro de la Institución, recibirá el nombre de "Krausismo positivo", y que, según Nicolás Ortega, buscará "... establecer relaciones armónicas entre el idealismo y el empirismo, entre la especulación y la experiencia" conseguir, en suma, la conciliación entre los discursos científico y metafísico... que la razón, partiendo de los datos de la experiencia científica, elabore ideas generales y hasta una concepción fundamental y trascendental del mundo".

El rigor científico, combinado con los valores

éticos y estéticos, tiene como resultado una progresiva sustitución de la sensibilidad idealista de los románticos, por un nuevo equilibrio: objetividad y subjetividad, observación y contemplación, experiencia e idealidad, razón y sentimiento, hecho e idea... tales se podría decir que eran los lemas principales de la Institución Libre de la Enseñanza.

La Geografía se convertirá en su soporte orgánico, de la misma manera que lo fue para los viajeros ilustrados, aunque no hablan de ello expresamente. Así, el conocimiento geográfico se convertirá en el punto de partida, para el buen funcionamiento del proceso regenerador y educador, en tres planos diferentes: científico, ético y estético.

Ahora bien, el punto de partida para alcanzar estos conocimientos geográficos, es el viaje; herencia clara de las propuestas que, a lo largo del siglo XIX, postula el pensamiento geográfico, cuyo más eminente representante, Alexander von Humboldt, pondrá en práctica, y para quien el viaje, también será, entre otras muchas cosas, punto de convergencia de las perspectivas del racionalismo ilustrado, del romanticismo alemán, y del proyecto positivo decimonónico.

No obstante los institucionistas, con Rafael Torres Campos, geógrafo, a la cabeza, no cesarán de incorporar las nuevas aportaciones de los geógrafos europeos que, como en el caso de Elisée Reclus, matizan y enriquecen cada vez más el viaje como rito iniciático.

Pero a la vivencia institucionista de la naturaleza y el paisaje, a través del rito iniciático del viaje, hay que añadirle, además, ciertos matices religiosos, e incluso místicos que impregnan toda su obra. Así Nicolás Ortega entresaca las siguientes palabras de Francisco Giner de los Ríos: "A poco que se reflexione... sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre -que no lo es nunca el de las ciudades-, se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente, la presión del aura prima-veral sobre el rostro, el olor de las plantas y flores, los ruidos del agua, las hojas y los pájaros, el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos, el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser... Todo, ya más, ya menos, contribuye a producir en nosotros ese estado y a preparar el segundo momento, el momento ideal de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido".

La Institución manifestará sus preferencias paisajísticas: las amplias, interminables llanuras castellanas, con su aureola montañosa a manera de recinto amurallado, y destacando sobre todo el conjunto la Sierra del Guadarrama. Una vez más, el equilibrio entre llanura y montañas, se une a los viejos ideales de equilibrio krausista entre observación y contemplación, objetividad y subjetividad... Esta preferencia paisajística y estética tendrá una honda resonancia en la cultura asumida por la generación del 98, que será el motivo de la disertación de José Antonio de Zulueta y Artaloytia.

La generación del 98 se gesta en el momento en que, tras el Tratado de París, se pierden definitivamente las posesiones de Ultramar, y por tanto las posibilidades de aventuras ultramarinas, reduciéndose el horizonte de los viajeros, de los aventureros. La generación del 98 despierta, según José A. de Zulueta, "la necesidad intelectual del conocimiento interior".

Así, los noventayochistas realizarán sus viajes por el interior, ocasionalmente -como sucede a Unamuno- se aproximarán a Portugal, y en muy contadas ocasiones atravesarán los Pirineos, a veces a la fuerza. No obstante, ese viaje interior se convertirá en ellos en una introspección, y se verán obligados a bucear constantemente en la historia. Por eso "la referencia histórica es constante en sus escritos... es una generación muy libresca. El libro es muchas veces el punto de partida de la divagación, incluso del viaje".

Rememoran su tierra natal, buscan sus raíces. E incluso cuando en sus narraciones se disponen a recorrer el mundo, la documentación de que disponen es enormemente erudita, que no se limita exclusivamente a documentación histórica o cartográfica ya que, al participar del ambiente científico de su tiempo, se esmeran en aportar datos acerca del mundo en que vivimos: la geología, la geografía, la botánica, la etnología... nada escapa a su curiosidad, a su erudición.

Se podría decir que son hombres sabios, en el sentido más clásico, más amplio del término. Y como literatos que son, se recrean en el lenguaje, por lo que el idioma castellano se ve enormemente enriquecido. El conferenciante nos dice: "muchos de los términos [que emplean] proceden del lenguaje vivo, no académico, del lenguaje popular, que guarda viejas palabras, ahora descubiertas. De ahí la recuperación de arcaísmos, que se incorporan al lenguaje culto. Son los términos sacados del habla popular de los pueblos de España". Y después pasa a desmenuzarnos tres representativos ejemplos: Baroja, Valle Inclán y Unamuno.

La pasión viajera de Baroja arranca de una gran curiosidad, aunque empañada de cierto grado de escepticismo. En sus viajes busca la realidad; pero una realidad en la que el viajero se distancia, procurando mantenerse frío, objetivo. El hombre que lleva a cabo estos viajes es mitad vagabundo, mitad hombre de acción; hombre de paso, pero también aventurero. Pero su erudición le traiciona, y tras ella aparecen muchas horas, días, meses, frente a la mesa de trabajo, en torno a la biblioteca. Ese vagabundo proclamado a los cuatro vientos tiene, pues, una cierta dosis de engaño bondadoso, que nos hace ver las cosas de una manera sencilla, fáciles de captar, de entender.

A través de sucesivas imágenes, breve, escuetas, como una sucesión de fotogramas, Baroja pretende darnos una visión realista del paisaje. Pero es muy consciente de sus propias limitaciones, ya que la objetividad absoluta que persigue choca frontalmente con su ideal de la acción, de la actividad, de manera que ese realismo fotográfico está mediatizado por la implicación del protagonista en el paisaje, en el ambiente que él mismo describe. Tal vez sea ésta la causa que le lleva a hacer ver que la objetividad es imposible. Zulueta nos entresaca estas palabras de Baroja: "la objetividad es imposible"; o estas otras: "no creo que haya nada que parezca tan directo y hasta tan mecánico como la pintura del paisaje. Sin embargo si se ponen diez pintores paisajistas y realistas a pintar un paisaje, desde el mismo punto de vista, los diez paisajes serán absolutamente distintos. Ni en literatura ni aún en pintura existe algo parecido a la fotografía". Pero no llega hasta sus últimas consecuencias pues, de la misma manera, hubiera podido deducir que, ante un mismo paisaje, varios fotógrafos, con idénticos instrumentos, conseguirían fotogramas diferentes.

Así, adopta una actitud irónica e incluso soca-

róna ante la realidad, no sólo como técnica para la escritura, para integrar sus distintos componentes, sino incluso como actitud vital. En algún momento nos dice: "la literatura que quiere ser más sombría, más agria y más burlona da una impresión mejor que la realidad".

Valle Inclán es muy poco apasionado por los viajes, y éstos sólo le interesan para poder describir un escenario que, poco a poco, desdibuja intencionadamente, y así, introducir a sus personajes en un ambiente mágico. Sus descripciones, infrecuentes, apenas alcanzan importancia en sus primeras obras. El paisaje está teñido de lirismo, y en él predomina la visión poética. La actitud contemplativa no le interesa; la precisión brilla por su ausencia. Y para conseguir un mayor efecto recurre sistemáticamente a los arcaísmos, las metáforas, apenas emplea términos vulgares. E incluso es capaz de apoyarse en la toponimia cuando su sonoridad se ajusta a aquellas imágenes que persigue.

Unamuno tal vez sea el que más asume la sensibilidad romántica y el espíritu de los institucionistas. Véase, como botón de muestra, estas palabras, elegidas al azar: "Poco a poco, sintiéndose cómo va ensanchándose y entrenándose el pulmón, probando la resistencia del cuerpo, dándose conciencia de la salud, sudando los humores del gabinete...". Se pueden encontrar ecos del "Oberman" de Senancour, hasta Francisco Giner de los Ríos. Para Unamuno, como para gran parte de los románticos e institucionistas, el viaje no sólo es una vía de conocimiento, sino de trascendencia, incluso de salvación personal.

Encuentra en los ríos los viajeros más capacitados, y que a su vez son la imagen del transcurrir de la vida del hombre: la infancia, en las altas montañas, en donde todo es puro, inocente; el curso de la adolescencia y la madurez, siguiéndolos a través de caídas y rompientes, angosturas y hoces, vegas y riberas; y la vejez, seguida de la muerte, a través de estuarios y deltas, para desembocar en el mar, en donde acaba su curso, su hálito de vida, al perderse en los mares, al diluirse en el cosmos. Metáfora de la trascendencia, a través de la vida y la muerte, que nos evoca, a su vez, el pensamiento hermético, esotérico, heredado por los institucionistas. Unamuno concluye: "el agua es en efecto la conciencia del paisaje".

Excelente observador, sensitivo, minucioso, con intuiciones a veces sorprendentes, e incluso inquietantes. Sus descripciones son muy expresivas y veraces. Pero trasciende la descripción, y pasa a la acción, no a la manera de Baroja, a través de sus personajes, sino convirtiéndose él mismo en protagonista, y se implica en el paisaje.

Para Unamuno ningún paisaje es despreciable, feo o sin interés. Como los institucionistas, una vez más, centra su atención en Castilla, paisaje que pasaba desapercibido, cuando no menospreciado. En él no sólo encuentra posibilidad de abrir más su sensibilidad, incrementar la conciencia, sino que es capaz de encontrar las interrelaciones entre el paisaje y la historia, la ascesis y la mística.

Concluye J. A. Zulueta: "El 98 nos ha redescubierto el paisaje. Es la bisagra entre el romanticismo y la modernidad, y nos ha aportado nuevas visiones y sensaciones. Frente a la seca, sin alma, tantas veces, descripción geográfica, de pura relación topográfica, la prosa de Unamuno, la de Valle, Azorín o Baroja, nos lleva a un espacio de formas, colores, aires sutiles, sonora y sensorialmente apasionante".

La siguiente conferencia, de Angel Cabo Alonso

(*Naturaleza y paisaje en la concepción geográfica* de Manuel de Terán), así como la inmediatamente posterior, de Julio Muñoz Jiménez (*Paisaje percibido y paisaje vivido: la dimensión subjetiva de lo geográfico*), no menos apasionantes que las otras, trataron, sin embargo, de manera tangencial el mundo de los viajeros y los viajes, por lo que su comentario nos alejará del hilo conductor de estas páginas, y pasamos directamente a la última intervención de este seminario, a cargo de Josefina Gómez Mendoza.

El salto no es sólo con respecto al conferenciante, sino también salto en el espacio y en el tiempo, saliendo del marco español y europeo, para llegar al otro lado del Atlántico y aproximarnos a las sociedades más desarrolladas del continente americano, la norteamericana y la canadiense, en la aún próxima década de los 70. En estos momentos pocos rincones de la tierra quedan por descubrir, tal vez alguna ignota montaña, alguna sima, o gruta escondida en la entrañas... poco más. Existen, eso sí, nuevas expectativas, puestas en nuestro sistema solar, no ya en nuestro hábitat natural, la Tierra. Hemos llegado ya a la luna, pero... ¿es posible la aventura, el viaje, tal como era entendido por los ilustrados, románticos, institucionistas, noventayochistas, fuera de la Tierra? Para este nuevo tipo de viajes se requieren costosísimas inversiones que sólo pueden costearlos estados más poderosos, a veces incluso en colaboración unos con otros: equipos multidisciplinarios, muy especializados... pero no aventureros. No parece que la aventura extraterrestre, como vía de conocimiento individual, tenga cabida.

W.W. Bunge, geógrafo radical, se ha hecho estas o parecidas preguntas, en un mundo supercivilizado e hiperurbanizado, en donde la palabra "paisaje", y la idea de paisaje, apenas tienen cabida en su acepción tradicional. Y les da las siguientes respuestas: el mundo, efectivamente, es finito; ahora bien, está en continuo cambio, a cada instante nada es igual, y por ello, el único tipo de viaje o exploración que en los momentos presentes se pudiera realizar tiene que ser a través del tiempo, y así debemos observarlo continuamente, anotar su paso, su transcurrir.

Hace falta, pues, observar y analizar el mundo de lo cotidiano en los medios urbanos, los únicos de los que todavía se puede esperar algo. Y lo pondrá en práctica hasta sus últimas consecuencias, pues acabó de taxista, vieja afición suya, y que para él sería uno de los oficios más capacitados para percibir el paso del tiempo, lo cotidiano... y ya que por entonces no fue capaz de puesto de trabajo alguno en los medios universitarios.

Este viaje hacia lo cotidiano le lleva a introducirse en el mundo del hogar, de la familia, de la vivienda, del barrio; pero no ya como una hábito, sino como una vivencia, como la más importante de las vivencias. En ningún momento como experimento, o como investigación académica o curricular.

Para este gran viaje, para este tipo de vivencias, había que ser muy selectivo con la elección del espacio, del lugar adecuado: no la city ni la C.B.D. reúnan las condiciones indispensables para ello; tampoco los barrios residenciales de la periferia de las grandes ciudades, lugar de asentamiento de las clases medias y altas, con sus casas unifamiliares, uniformizadoras, asépticas. Definitivamente centra su mirada en los *slums* o barrios interiores deteriorados, en los que la calidad de vida ha descendido vertiginosamente, desde el mo-

mento de la partida de sus primitivos moradores, hasta la actual ocupación por el aluvión inmigratorio que, con frecuencia, conlleva cambios étnicos. Así, lleva a cabo sus dos grandes expediciones urbanas por Fitzgerald *slum* de Detroit entre 1969 y 1970, y por Toronto, entre 1972 y 1975.

Esta centralización de su experiencia viajera en un mundo tan concreto, tan específico, rápidamente hará que se ponga en contacto con los geógrafos *folk*, de los que muchos de ellos son, cómo no, taxistas. Bunge conocía bien a los teóricos de la Escuela de Frankfurt, pero sobre todo a Marcuse, en cuya obra, "El hombre unidimensional", postula que la fuerza liberadora de la energía se ha trocado en el dominio del hombre por el hombre al controlar la Naturaleza.

Por lo tanto, al no quedar espacios abiertos por explorar, lo único que cabe en el momento actual como aventura expedicionaria es recluirse en el mundo de lo cotidiano; un nuevo tipo de viaje interior, aún más cerrado, que prácticamente gira alrededor de uno mismo y del entorno humano más inmediato. Y puesto que la Naturaleza ya está dominada, controlada, no es posible tener una actitud contemplativa ante ella, ni siquiera un asomo de nostalgia por haberla tenido alguna vez y por haberla perdido. No. Solamente cabe defender el entorno cotidiano con uñas y dientes, con toda la fuerza que sea necesaria, e incluso con violencia; concepción, como se puede apreciar, eminentemente militante, y que aleja a Bunge definitivamente del mundo académico. Por ello, Josefina Gómez Mendoza opina de él que es un moralista, un pastor protestante metido en geógrafo.

Pero en realidad, ¿está Bunge tan lejos de los institucionistas, de los románticos, de la generación del 98? Inquietante pregunta, cuya respuesta, contrastada con la visión que del viaje y los viajeros tienen otras culturas que no pertenezcan al mundo occidental, la sociedad japonesa por ejemplo, podría ser motivo de un futuro seminario.

Por último, y a modo de conclusión, hemos visto expuesto, a través de los respectivos conferenciantes, los modos y maneras en que viajeros de diferentes épocas han justificado su pasión por el viaje, con brillantez y claridad. Aunque bien es verdad que dicha pasión no era directa, de primera mano, sino diferida; en realidad se trataba de un conjunto de grandes pasiones alrededor de aquellas bibliotecas en donde se podían encontrar reflejadas otras grandes pasiones: las de los viajeros.

En mi modesta opinión, ha habido dos lagunas en este seminario: la primera, la pasión por el viaje directa, personal, autónoma, desde nuestra perspectiva, y tal como la llevamos a la práctica en la actualidad nosotros, los geógrafos. Solamente había una persona capaz de podérselo decir, pero que, como buen viajero, en esos momentos estaba camino del Everest o Qomolangma (la Diosa Madre del Mundo), a través de uno de los lugares aún más desconocidos de la tierra: el Tibet. No obstante, Eduardo Martínez de Pisón nos ha confirmado que en muy breve plazo va a publicar las memorias de esa expedición, que aguardaremos impacientemente.

Y la segunda, no haber existido ninguna conferencia sobre el lugar en que se había realizado el seminario: las Islas Canarias. La persona más capacitada para llevarla a cabo era, precisamente, la misma que estaba camino del Everest. Doble mala suerte, pues. Pero esperemos que nos lo compense con creces a los apasionados por las aventuras viajeras de los demás.

Una vez acabados los seminarios, y al acto de clausura, el cometa Halley nos sonreía benévola-mente, despidiéndose de nosotros, para emprender

un nuevo viaje del que regresará, quién sabe, tal vez cuando estemos reunidos en un nuevo seminario sobre viajeros y experiencias viajeras. FRANCISCO ALONSO OTERO.

PROCESO DE ESPECIALIZACION COMERCIAL EN EL CENTRO DE SANTANDER. LA CALLE SAN FRANCISCO

La concentración de actividades en el centro de las ciudades aparece como uno de los factores claves para comprender su estructura urbana. Al mismo tiempo, como consecuencia de sus propias pautas de localización de forma lineal o concentrada, se produce la especialización de determinados ejes en dichas actividades¹.

La presente nota analiza el proceso de especialización comercial de una de las calles con más tradición mercantil de la ciudad de Santander. El trabajo no sólo se refiere al predominio de la actividad comercial frente a otros usos, sino a su orientación interna hacia la venta de artículos de calidad, relacionados con el equipamiento de la persona².

Dicho proceso está dando lugar a una fuerte concentración de este tipo de establecimientos, fenómeno observado en otros centros urbanos³, que hacen de ella un modelo del comportamiento del comercio en esas áreas.

La tradicional orientación comercial.

La actividad comercial de la calle San Francisco constituye desde antiguo su principal función, lo que motivó su transformación en vía peatonal en 1864, contando ya en 1892 con sesenta y seis comercios⁴. Posteriormente, en los años treinta, aparecía como una de las más importantes arterias comerciales de Santander, concentrando el 41% de las mercerías, el 25% de las tiendas de tejidos, el 26% de las de confección, el 10% de las zapaterías y las librerías de la ciudad.

Sin embargo, dos son los aspectos que la diferencian de su imagen actual: el tipo de comercio y la presencia de otra serie de actividades.

Diversidad era el rasgo que definía a los ochenta y cinco comercios instalados en los años treinta, que abarcaban desde las tiendas de alimentación, ferreterías, mercerías, hasta las de confección y joyerías. Ninguno de los diferentes tipos representaba más del 15%, destacando las mercerías (14,1%),

joyerías (12,9%), confección y tejidos (11,7%).

A la variedad de su comercio, habría que añadir la presencia de otras actividades, que iban desde los pequeños talleres artesanos hasta las ramas más tradicionales del terciario, como peluquerías y sastrerías.

Se trataba, por lo tanto, de un espacio que integraba múltiples usos, aunque ya se apuntaba la dirección de su futura especialización.

Una calle comercial especializada.

Frente a la diversidad de actividades en los años treinta, dos son los rasgos que definen actualmente a la calle San Francisco: el predominio del comercio, con 8.814 m² dedicados a dicho uso (1,9% del total municipal), y la especialización en establecimientos de confección y calzado con el 57% de los locales, concentrando, además, el 8% de los comercios de tejidos, el 11% de confección, el 7% de las zapaterías y librerías de Santander.

Los talleres, tiendas de alimentación, mercerías, peluquerías, sastrerías, y garages de los años treinta han desaparecido, perdiendo valor las ferreterías y comercios de tejidos. Asimismo, hay que señalar ausencias debidas al desuso del artículo (abanicos, sombreros), o bien a su traslado a calles próximas (joyerías y ópticas a Lealtad, Isabel II y Calvo Sotelo).

Los tipos de locales característicos son hoy los dedicados a la venta de artículos de confección, zapaterías, librerías y perfumerías-farmacias (Fig. 1), destacando la presencia de un gran almacén especializado en la misma gama de productos. Es más, estas ramas no sólo cuentan con el mayor número de tiendas sino con la más alta proporción de personal empleado.

Si bien esta clase de establecimiento se caracteriza por su pequeña superficie, en torno a los 50 m, la calle de San Francisco posee un 20% de locales por debajo de esta cifra, destacando un 44% que so-

¹ Esto es, el comercio se presenta principalmente de una forma puntual (concentraciones) y lineal (calles o ribbons comerciales) tendiendo a introducir en los tejidos urbanos polarizaciones, en torno a ciertos nodos y líneas de fuerza". Terán, Fernando, de "El planeamiento ante las nuevas formas comerciales", *Ciudad y Territorio* 1/78, pp. 78-85.

² Especialización observada en numerosos trabajos sobre el comercio en áreas centrales, por ejemplo, Austruy, C.: "L' évolution du commerce de détail à Albi", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 1979, pp. 32-.

³ El mismo proceso ha sido señalado en el centro de Burdeos; véase Cassou-Mounat, M.: "L'évolution récente des structures

commerciales dans l'agglomération de Bordeaux", RGPSC, 1978, p. 84.

⁴ "Su calzada era carreteril hasta el año 1864 en que fue convertida en 'salón' para el disfrute exclusivo de los peatones que habían de tomar precauciones para no ser arrollados al pasar por las transversales de 'Puerta de la Sierra' y 'Lealtad'. La transformación urbanística fue impuesta por el denso comercio establecido allí". Simon Cabarga, José. Santander en la historia de sus calles. Santander, 1980, p. 121.

Para 1892, *Nueva Guía de Santander y la montaña con arreglo al último Censo Oficial y con notas sobre la reciente división judicial de la provincia de Santander*. Santander, 1892, pp. 27-74.